

to, é porque si dél le quisiese partir, que con achaque de le ver á él lo podiese hacer. En esto hablando, llegaron á Lóndres, é otro dia de mañana cabalgó Durin en su palafren é fuése su via camino donde á Beltenebros habian dejado; pero antes se quiso bien avisar de todas las nuevas de la corte, porque gelas sopiese contar.

CAPITULO XII.

De cómo Beltenebros mandó hacer armas é todo aparejo para ir á ver á su señora Oriana, é de las aventuras que le acaesieron en el camino.

Pues tornando á Beltenebros, que en las casas de las monjas quedara atendiendo el mandado de su señora, dice la historia que, siendo ya, con el gran placer, en mucho de su salud é fuerza tornado, que mandó á Enil le hiciese hacer en aquella villa cerca donde estaba unas armas el campo verde, y leones de oro menudos cuantos en él cupiesen, con sus sobreseñales, é le comprase un buen caballo é una espada, é la mejor lorica que haber pudiese. Enil subió á la villa é fizolo todo como le mandó; así que, en espacio de veinte dias fué todo aderezado como lo había menester. A esta sazón llegó Durin con el mandado que llevaba, con que Beltenebros hobo gran placer; é preguntándole delante de Enil cómo quedaba la buena doncella de Denamarca, su hermana, y qué venida era la suya, él le dijo que la doncella se lo mandaba mucho encomendar, é que él venia por dos joyas que se les habían olvidado, que quedarán entre los almadrages en que ella dormiera; é dijo á Enil cómo su primo Gandalin le saludaba mucho, é todo lo otro que á cargo de le decir traía. Beltenebros le preguntó que quién era aquel Gandalin. «Un escudero, mi primo, dijo él, que aguardó gran tiempo á un caballero que Amadís de Gaula se llamaba.» Y entonces tomó consigo á Durin é fuése paseando por una plaza, preguntándole por nuevas de su hermana; mas cuando algo desviados fueron díjole Durin el mandado de su señora, cómo le atendía en Miraflores, é que tenia muy bien aparejado de le tener allí consigo, que fuese muy encubierto; é contóle cómo sus hermanos é Agrájes estaban en la corte, é habían de ser en la batalla que el rey Lisuarte tenia aplazada con el rey Gildadan de Irlanda; y asimismo el desafío de Famongomadan é de los otros gigantes é caballeros que le hicieron; é cómo le demandaran á Oriana para ser doncella de Madasima, é que la casarian con Basagante, hijo de Famongomadan; é cuando Beltenebros esto oyó, las carnes le tremian, con gran ira que en sí hobo, y el corazón le hervía con gran saña; é propuso en su voluntad, tanto que á su señora viese, de no tomar en sí otra afrenta ni demanda hasta buscar á Famongomadan é se combatir con él, é morir ó le matar por aquello que de Oriana dijera. Despues que Durin le hobo contado lo que habeis oido, tomó las donas, é despedido dél, se tornó muy alegre con haber acabado aquello que él deseaba.

Beltenebros quedó dando muchas gracias á Dios porque así le había socorrido en le tornar á la merced de su señora, que teniéndola perdida, su vida era llegada en el extremo que vos contamos; é aquella noche despedido de las dueñas, una hora antes del alba, ar-

mado de aquellas verdes é frescas armas, encima de su caballo hermoso é lozano, y Enil con él, que el escudo é yelmo é lanza llevaba, se puso en el camino para ir á ver á aquella su señora que él tanto amaba; é yendo así por el campo, siendo ya el dia claro, puso las espuelas muy recio al caballo, é fizolo hacer á un cabo é á otro, é de tal manera, que Enil, que lo miraba, fué mucho maravillado, é dijo: «Señor, del ardimiento de vuestro corazón no sé nada, pero nunca vi caballero que tan hermoso, armado pareciese. Los corazones de los hombres, dijo Beltenebros, hacen las cosas buenas; que no el buen parecer; pero al que Dios junto lo da, gran merced le hace; é pues agora has juzgado el parecer, juzga el corazón segun vieres que lo merece.» Así se iba razonando é riendo con él, como aquel que desechando aquella tan gran tenebregura en que estoviera, era tornado al deleite, que sin él no pudiera vivir; pues así andovo hasta la noche, que albergó en casa de un caballero anciano, donde le fué mucha honra hecha; é otro dia partiendo dende, llevando el yelmo en su cabeza por no ser conocido, andovo siete dias sin ninguna ventura hallar; mas á los ocho le avino que, pasando al pié de una montaña vió por un pequeño camino venir en un gran caballo bayo un caballero tan grande é tan membrudo, que no parecia sino un gigante, é dos escuderos que las armas le traian; é cuando mas cerca fué el gran caballero dijo contra Beltenebros en voz alta: «Vos, don caballero, que ahí venides, estad quedo é no paseis mas adelante hasta que de vossepá lo que quiero.» Beltenebros estovo quedo en un campo llano por do iba, é miró el escudo del caballero, é vió que había en él tres flores de oro en campo indio, é conocióle ser don Cuadrágante, porque otro tal viera en la insola Firme alzado sobre todos los otros, como el que mas honra ganara en la prueba de la cámara defendida; é pesóle mucho, porque pensó de no poder excusar dél la batalla, teniendo en su voluntad la de Famongomadan, que por esta quisiera él excusar todas las otras, é tambien por ir al plazo que su señora le enviaba á mandar; é había recelo que la gran bondad de aquel caballero le diese algun estorbo, y estovo quedo; é llamando á Enil, le dijo: «Llégate á mí, é dame has las armas si las hobiere menester.—Dios vos guarde, dijo Enil, que mas me semeja este diablo que caballero.—No es diablo, dijo Beltenebros, mas un muy buen caballero, de que ya otras veces oí hablar.» En esto llegó don Cuadrágante é díjole: «Caballero, conviene me digais si sois del rey Lisuarte.—¿Por qué lo preguntais? dijo Beltenebros.—Porque yo lo tengo desafiado, dijo Cuadrágante, á él é á todos los suyos é á sus amigos, é no fallaré ninguno dellos que no lo mate.» A Beltenebros vino gran saña é díjole: «¿Vos sois de aquellos que le desafiaron?—Soy, dijo él, y el que le fará á él é á los suyos todo el mal que puidere. É ¿cómo habeis nombre? dijo Beltenebros.—He nombre don Cuadrágante, dijo él.—Ciertamente, Cuadrágante, como quiera que vos seais de gran linaje é de alto hecho de armas, gran locura es la vuestra desafiar al mejor rey del mundo, porque los caballeros deben tomar las cosas que les convienen, é cuando de allí pasan, mas á locura que á esfuerzo se debe tomar; yo no

soy vasallo deste rey que decís ni natural de su tierra, pero por lo que él merece es mi corazón otorgado á lo servir; así que, con razón me puedo contar por vuestro desafiado; é si quereis batalla, habéla hedes, é si no, andad vuestro camino.» Don Cuadrágante le dijo: «Bien creo, caballero, que la poca noticia que de mí teneis vos causa hablar tan osado é con tanta locura, é ruégovos mucho que me digais vuestro nombre.—A mí llaman Beltenebros, dijo él, é así por el nombre, como por ser de poca nombradía, no me conoceréis mas que antes; mas como quiera que yo sea de extraña é apartada tierra, oído he que andais buscando á Amadís de Gaula, é segun sus nuevas, entiendo que no es vuestro daño no lo hallar.—¿Cómo! dijo don Cuadrágante, ¿aquel que yo tanto desamo precias mas que á mí? Sabete que eres llegado á la tu muerte, é toma tus armas si con ellas te osares defender.—Aunque contra otros, dijo Beltenebros, dudase de las tomar, no contra vos; que tantas soberbias é amenazas me haceis.»

Entonces tomando sus armas, con gran saña corrieron los caballos el uno contra el otro, é diéronse tan grandes encuentros, que el caballo de Beltenebros estovo por caer; mas don Cuadrágante fué fuera de la silla, é cada uno se sintió mucho de aquel encuentro, é Beltenebros hobo el pico de la teta fendido de la cuchilla de la lanza, y el otro fué ferido en el costado, mas la llaga pequeña fué; é levantóse luego, como aquel que muy valiente é ligero era, é metiendo mano á la espada, se fué á Beltenebros, que estaba enderezando el yelmo en la cabeza; así que, no le vió é hirióle el caballo con la punta de la espada, que la media della por las ancas le metió, el cual con la ferida fué por el campo lanzando las piernas por caer; mas Beltenebros descendió luego, y embrazando su escudo, la espada en la mano, se fué contra don Cuadrágante con gran saña é braveza, porque el caballo le matara, é dijo: «Caballero, no mostrais buen esfuerzo en lo que fecistes, pero bien bastará el vuestro para el que la victoria de la batalla alcanzare.» Entonces se acometieron tan bravamente, que espanto era de lo ver; que el ruido que con las espadas se facia en se cortar las armas era tal como si allí se combatiesen diez caballeros, é algunas veces se trababan á brazos, por se derribar; así que, cada uno probaba toda su fuerza é valentía contra el otro. Unos escuderos que los miraban, teniendo por gran espanto ver tal crueza en dos caballeros, no esperaban que ninguno dellos vivo quedar pudiese: E así andovieron en su batalla desde la tertia fasta hora de vísperas, que nunca folgaron ni se hablaron palabra; pero á esta sazón fué don Cuadrágante tan ahogado del gran cansancio é mal trecho de un golpe que Beltenebros encima del yelmo le diera, que cayó desapoderado sin ningún sentido en el campo, como si muerto fuese, é Beltenebros le tiró el yelmo de la cabeza por ver si era muerto; mas dándole el aire, tornó cuasi en su acuerdo é púsole la punta de la espada en el rostro é díjole: «Cuadrágante, miébrate de tu alma, que muerto eres.» Y él, que ya mas acordado estaba, dijo: «Ay Beltenebros! ruégovos por Dios que me dejéis vivir por el reparo de mi ánima.» El dijo: «Si quieres vivir, otórgate por vencido y que harás lo que yo te mandare.—Vues-

tra voluntad, dijo él, faré yo por salvar la vida; pero por vencido no me debo otorgar con razón; que no es vencido aquel que sobre su defendimiento, no mostrando cobardía, face todo lo que puede fasta que la fuerza y el aliento le falta é cae á los piés de su enemigo; que el vencido es aquel que deja de obrar lo que facer podría por falta de corazón.—Cierito, dijo Beltenebros, vos decís derecha razón, é mucho me place de lo que agora de vos aprendí; dadme la mano é facedme fianza que faréis lo que yo mandare.» Y él gela dió como mejor pudo.

Entonces llamó á los escuderos que lo vieses, é díjole: «Yo vos mando por el pleito que me faceis que luego seais en la corte del rey Lisuarte, é que vos no partais dende fasta que Amadís allí sea, aquel que vos andais buscando, é venido, vos metáis en su poder é le perdoneis la muerte de vuestro hermano, el rey Abies de Irlanda; pues que, segun yo he sabido, ellos de su propia voluntad se desafiaron, é solos entraron en la batalla; así que, tal muerte como esta no debe ser demandada aun entre las bajas personas, cuanto mas en los semejantes que vos, segun las grandes cosas que en armas habeis pasado, é muy dichoso en ellas; é asimismo vos mando que torneis el desafío al Rey é á todos los suyos, ni tomeis armas contra lo que su servicio fuere.» Todo lo otorgó don Cuadrágante, mucho contra su voluntad; mas hizolo con el gran temor de la muerte, que muy cercana la tenia, é mandó luego á sus escuderos que le hiciesen unas andas é lo llevasen donde Beltenebros mandaba, porque podiese quitar su promesa. Beltenebros vió á Enil, escudero, que tenia el caballo de don Cuadrágante y estaba muy ledo é con gran alegría de la buena ventura que Dios diera á su señor. Beltenebros cabalgó en el caballo é dió las armas á Enil é tornóse á su camino, é no andovo mucho por él, que falló una doncella cazando con un esmerjeon, é otras tres doncellas con ella, que vieran la batalla é oyeran todo lo mas de las palabras que pasaron; é como vieron que tan mal trecho quedara é que había menester de folgar, rogáronle afincadamente que con ellas se fuese á un castillo suyo, donde se le faría todo servicio por aquella voluntad que de servir al Rey, su señor, en él conocían. El lo tuvo por bien, porque estaba muy atormentado del gran afán que pasara; mas desque allí llegaron, catándole si estaba ferido, no le fallaron otra llaga sino aquella pequeña de la teta, de que mucha sangre se le fué, é á cabo de tres dias partió de allí, é andovo todo aquel dia sin aventura hallar; esa noche albergó en casa de un hombre bueno que cerca del camino moraba, é otro dia andovo tanto, que al mediodía, subiendo encima de un cerro, vió la ciudad de Lóndres, é á la diestra mano el castillo de Miraflores, donde su señora Oriana estaba; y él, cuando le vió, grande alegría su ánimo sintió; pues allí estovo una gran pieza pensando cómo partiría de sí á Enil, é díjole: «¿Conoces esta tierra donde estamos?—Sí conozco, dijo él; que en aquel valle está Lóndres, donde es el rey Lisuarte.—¿Tan llegados somos á Lóndres? dijo él, pues yo no me quiero agora facer conocer al Rey ni otro alguno fasta que mis obras lo merezcan; que, como tú ves, soy mancebo, é no he hecho tanto que por

ello pueda ser tenido en mucho; é pues tan cerca nos somos de Lóndres, vé á ver aquel escudero Gandalin, de que Durin te dió las encomiendas, é sabrás lo que en la corte dicen de mí, é cuándo será la batalla del rey Cildadan.—¿Cómo os dejaré solo? dijo Enil.—No te cures, dijo él; que algunas veces suelo yo andar sin otro alguno; pero antes quiero que sepamos algun lugar señalado adonde me halles.» E fuéronse adelante por aquella vía, é no tardó que vieron cabe una ribera dos tiendas armadas, y en medio dellas otra muy rica, é ante ellas caballeros é doncellas que andaban trebejando, é vió á la puerta de la una tienda cinco escudos, é á la otra otros cinco, é diez caballeros armados; é por no haber razon de justar con ellos apartóse del camino que llevaba.

Los caballeros de las tiendas lo llamaron que viniese á la justa. «No me place de justar agora, dijo él; que vosotros sois muchos é folgados, é yo solo é cansado.—Mas yo creo, dijo el uno dellos, que lo dejades con temor de perder el caballo.—E ¿por qué lo perdería? dijo él.—Porque sería de aquel que vos derribase, dijo el caballero; lo que está mas cierto que ser vuestros los que vos podíades ganar de nos.—Pues que así ha de ser, dijo Beltenebros, antes quiero yo ir en él que meterlo en esa ventura.» E comenzóse de ir así desviado como antes. Los caballeros le dijeron: «Parécenos, caballero, que esas vuestras armas muy mas son defendidas con palabras fermosas que con esfuerzo del corazón; así que, bien podrian quedar para se poner sobre vuestra sepultura, aunque vivais cien años.—Vos me tened por cual quisierdes, dijo él; que por cosa que me digais no me quitades la bondad, si alguna en mí hay.—Agora Dios quisiese, dijo el uno dellos, que se vos antojase de justar conmigo; que no iríades hoy á buscar posada encima dese caballo, á pena de traidor, ó que en este año yo no subiese en otro.» Beltenebros dijo: «Buen señor, eso es lo que yo dudo, é por eso dejo yo mi camino.» Todos ellos comenzaron á decir: «¡Oh santa María, val, qué medroso caballero!» Mas por esto no dió ninguna cosa, é fuése su vía, é llegando á un vado del río que queria pasar, oyó que le decian: «Atended, caballero.» Y él, mirando quién sería, vió una doncella muy bien guarnida en un fermoso palafren, é llegando á él, le dijo: «Señor caballero, en aquella tienda está Leonoreta, la hija del rey Lisuarte; y ella é todas las doncellas vos mandan rogar que mantengades la justa á aquellos caballeros, y esto que lo fagades por su amor, en cuanto mas sois obligado al ruego dellas que al suyo dellos.—¿Cómo! dijo él, ¿la hija del Rey es aquella que allí está?—Señor, sí, dijo ella.—Pésame, dijo él, de haber enemistad con sus caballeros; que ante la querria servir; mas, pues que lo manda, facerlo he por pleito que los caballeros no me demanden mas de justar.» La doncella se fué con la respuesta, y Beltenebros tomó sus armas, é tornando contra las tiendas, halló un campo llano é bueno, é allí atendió, é no tardó mucho que vió venir al caballero que le dijera que le no dejaría ir en el caballo si con él justase; que bien habia en él parado mientes; é plógole mucho que aquel fuese el primero; é llegando mas cerca, dejaron correr los caba-

llos contra sí cuanto mas recio pudieron, y el caballero quebrantó su lanza, y Beltenebros lo firió tan duramente, que lo lanzó de la silla, rodando por el campo, é mandó tomar á Enil el caballo, é el caballero quedó así quebrantado de la caída, que no sabia de sí parte, é acordó gimiendo é revolviéndose por el campo, como aquel que tenia tres costillas y una cadera quebrada. Beltenebros dijo: «Señor caballero, si vuestra palabra es verdadera, de aquí á un año no caeréis otra vegada de caballo; que así lo prometistes si el mio no ganádes.» Y estando en esto, vió que venia otro caballero á la justa, dando voces que dél se guardase; é Beltenebros se dejó correr á él y derribólo como al primero, é así lo hizo al tercero é al cuarto, y en aquel quebró la lanza; mas el caballero quedó mal llagado, que la lanza le pasó el escudo y el brazo; y de todos hizo tomar los caballos é atarlos á las ramas de los árboles; é desque hobo derribado aquellos cuatro caballeros, quiso ir, é vió venir otro caballero á guisa de justar, é traía un escudero con cuatro lanzas, é díjole: «Señor caballero, Leonoreta vos envía estas lanzas, é mándavos decir que hagades con ellas lo que debeis con los caballeros que quedan, pues que á sus compañeros derribastes.» Beltenebros dijo: «Por amor de Leonoreta, que es hija de tan buen rey, haré lo que me mandare; mas por los caballeros digoos que no haría ninguna cosa; que los tengo por muy desmesurados en hacer que los caballeros que van su camino se combatan contra su voluntad.» E tomando una lanza, se dejó ir al caballero é derribólo como á los otros, é así lo hizo á los otros todos, salvo al que á la postre vino, que justó con él dos veces y quebró en él dos lanzas, que no le pudo mover de la silla, mas á la otra derribólo como á los otros; é si alguno preguntase quién sería este, digo que Nicoran el de la Puente Medrosa, que á la sazón era uno de los buenos justadores del señorío de la Gran Bretaña.

Acabadas estas justas por Beltenebros, como habeis oído, envió todos los caballos que de los caballeros ganó á Leonoreta, é mandó que le dijese que mandase á sus caballeros que fuesen mas corteses contra los que por el camino pasasen, ó que justasen mejor; que tal caballero ende podría venir que los haría ir á pié. E los caballeros estaban tan avergonzados de lo que les conteciera, que no respondieron ninguna cosa, é maravillándose en ser así derribados por un solo caballero, é no podian pensar quién fuese; que nunca vieran caballero que trajese tales señales en las armas. Nicoran dijo: «Si Amadís vivo fuese é sano, verdaderamente diría yo que este era; que no siento otro caballero que así de nosotros se partiese.—Ciertamente, dijo Galiseo, no debe ser él; que alguno de nos lo conoceríamos, cuanto mas que él no quisiera justar, pues que á todos nos conocía por sus amigos.» Giontes, el sobrino del Rey, que allí estaba, dijo: «Si á Dios ploguiese que fuese Amadís, por bien empleada daríamos nuestra vergüenza; mas, cualquier que él sea, Dios le dé buena ventura por do quier que vaya, que mucho á guisa de bueno ganó nuestros caballos, é como bueno nos los envió.—Maldito vaya, dijo Lasamor; que cuanto yo con mal ando, quebradas las costi-

llas y la cadera; mas la culpa mia es, que fui el demandador mas que ningun otro de mi daño.» Y este fué el primero de la justa. Beltenebros se partió dellos muy alegre de cómo le aviniera, é fuése por su camino hablando con Enil, é iba mirando la lanza que le quedara, que le parecia muy buena; é con la gran calor que facia, é con el justar, habia gran sed. E siendo de allí alongado quanto un cuarto de legua, vió una ermita cubierta de árboles, é así por hacer en ella oracion como por beber del agua se fué á ella, é vió á la puerta tres palafrenes de doncellas ensillados é otros dos de escuderos.

El descendió de su caballo y entró dentro, mas no vió á ninguno, é hizo su oracion encomendándose á Dios é á la virgen María muy de corazón, é saliendo de la ermita, vió tres doncellas debajo de unos árboles á una fuente, é los escuderos con ellas, y él llegó á beber del agua, mas no conoció ninguna dellas, é díjeronle: «Caballero, ¿sois de la casa del rey Lisuarte?—Buenas doncellas, dijo él, querria yo ser tal caballero que me quisiesen en su compañía; mas vosotras ¿dónde vais?—A Miraflores, dijeron ellas, á ver una nuestra tia que es abadesa de un monesterio, é por ver á Oriana, la hija del rey Lisuarte, é acordamos de holgar aquí fasta que el calor pase.—En el nombre de Dios, dijo él, que yo vos faré compañía fasta tanto que sea tiempo de andar.» Y preguntóles cómo habia nombre aquella fuente. «No sabemos, dijeron ellas, ni de otra ninguna que en esta floresta haya, sino de aquella que en aquel valle está cabe aquellos grandes árboles, que se llama la fuente de los Tres Caños.» E mostráronle el valle, que cerca de allí estaba; pero mejor lo sabia él, que muchas veces por allí andoviera á caza, é aquella fuente queria él por señal donde Enil viniese, que lo queria partir de sí en tanto que iba á ver á su señora. Pues estando hablando, como ois, no tardó mucho que vieron venir por el mesmo camino que Beltenebros viniera, una carreta que doce palefrenes tiraban, é dos enanos encima della, que la guiaban; y en la cual vieron muchos caballeros armados en cadenas metidos, é sus escudos en las varas colgados, y entre ellos doncellas é niñas hermosas, que muy grandes gritos daban, y delante de la carreta venia un gigante tan grande, que muy espantable cosa era de ver encima de un caballo negro, é armado de unas hojas muy fuertes é un yelmo que mucho relucia, é traía en su mano un venablo que en el hierro habia una gran brazada, y en pos de la carreta venia otro gigante que muy mas espantable é mas grande que el primero parecia; las doncellas se quedaron todas espantadas y se escondieron entre los árboles, del gran miedo y espanto que hobieron; y el gigante que delante venia volviése á los enanos é díjoles: «Yo vos faré mill pedazos si no guardais que esas niñas no derramen su sangre, porque con ella tengo yo de hacer sacrificio al mi dios en que adoro.» Cuando esto oyó Beltenebros conoció ser aquel Famongomadan; que tal costumbre era la suya, que della jamás partir se queria, de degollar muchas doncellas delante de un idolo que en el Lago Ferviente tenia, por consejo é habla del cual se guiaba en todas sus cosas, é con aquel sacrificio le tenia contento, co-

mo aquel que, siendo el enemigo malo, con tan gran maldad habia de ser satisfecho. E como quiera que en su voluntad toviese puesto de se combatir con él, por lo que de Oriana dijera, no le quisiera encontrar aquella hora, hasta haber pasado aquella noche con su señora Oriana, como estaba concertado; é tambien porque quedara de la justa de los diez caballeros muy quebrantado.

Mas conociendo los caballeros que en la carreta venian é á Leonoreta é á sus doncellas con ellos; hobo gran duelo de los ver, é mas del pesar que su señora habria si tal desventura por aquella su hermana pasase; que parece ser que partiéndose el día de la justa que ya oistes, dejando aquellos caballeros mal trechos, á poco rato llegaron aquellos dos gigantes, padre é hijo, que al rey Lisuarte desafiado tenian; é tomándolos á todos é á todas, les pusieron, como oides, en aquella carreta que consigo traian, para llevar los presos que haber podiesen. E cabalgando luego en su caballo, demandó á Enil que le diese las armas; mas él le dijo: «¿Para qué las quereis? Dejad primero pasar estos diablos que aquí vienen.—Dámelas, dijo Beltenebros; que ante que pasen quiero tentar la misericordia de Dios, si le placirá que por mí sea quitada tan gran fuerza que estos sus enemigos hacen.—¿Oh señor! dijo él, ¿por qué quereis haber mal gozo de vuestra juventud? que si aquí se hallasen los mejores veinte caballeros que el rey Lisuarte tiene, no osarian esto acometer.—No te cures, dijo él; que si ante mí dejase tal cosa pasar sin hacer todo lo que puedo, no sería para parescer ante hombres buenos, y verás mi ventura qué tal será.» Enil le dió las armas, llorando muy fieramente. Beltenebros descendió por un rucuesto ayuso contra el Gigante, é ante que á él llegase miró el lugar donde Miraflores era, é dijo: «¡Oh mi señora Oriana! nunca comencé yo gran hecho en mi esfuerzo donde quiera que me hallase, sino en el vuestro; é agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester.» Con esto le pareció que le vino tan gran esfuerzo, que perderle hizo todo pavor, é dijo á los enanos que estoviesen quedos. Cuando esto oyó el Gigante, tornó contra él con gran saña, que el fumo le salia por el visal del yelmo, y meneaba el venablo en la mano, que todo lo facia doblar, é dijo: «Cativo sin ventura, ¿quién te puso tal osadía, que ante mí osases parecer?—Aquel Señor, dijo Beltenebros, á quien tú ofendes, que me dará hoy esfuerzo con que tu grande soberbia quebrada sea.—Pues flégate, dijo el Gigante, y verás si su poder basta para te defender del mio.» Beltenebros apretó la lanza so el brazo, é al mas correr de su caballo fué contra él, y encontróle en las fuertes fojas debajo de la cinta tan reciamente, que por fuerza le quebrantó las lamas, y entró la lanza por la barriga, que le pasó de la otra parte; é fué el encuentro tan fuerte, que topando en los arzones de la silla, hizo las cinchas quebrantar; así que, trastornó la silla con él debajo del caballo, é al Gigante quedó un trozo de la lanza metido en el cuerpo; pero antes que cayese le tiró el venablo, é dióle por el aguja del caballo, é salióle entre las piernas; y Beltenebros salió dél lo mas presto que pudo, é puso mano á su espada,

mas el Gigante era herido de muerte, é traíalo el caballo arrastrando debajo de sí, á gran daño suyo; mas con la fuerza que él tenía, luego salió dél, é quitando el trozo de la lanza, lo arrojó á Beltenebros, é dióle con él tal golpe en el yelmo á vueltas del escudo, que lo hobiera derribado en tierra; é con la fuerza que en esto puso saliéronse todas las mas de las sus tripas por la herida, é cayó en el suelo dando voces, diciendo: «Acorredme, hijo (1) Basagante, é llegad, que muerto soy.»

A estas voces llegó Basagante al mas correr de su caballo, y traía una hacha de acero muy pesada, y fué á Beltenebros por le dar con ella, que pensó hacerle dos pedazos; mas con la su grande ardidez guardóse del golpe, é al pasar quiso ferir el caballo é no pudo, é alcanzóle con la punta del espada, é cortóle el arcion é la mitad de la pierna, y el Gigante, con la gran saña, no lo sintió, aunque él halló menos el estribo, é tornó contra él, y Beltenebros quitara el escudo del cuello, teniéndole por las embrazaduras é dióle con la hacha en él tan gran golpe, que gelo derribó á tierra; y Beltenebros le dió con la espada en el brazo é cortóle la loriga, y en la carne, é corrió la espada fasta abajo por las hojas, que eran de fino acero, y quebrantóla de manera, que otra cosa, si la empuñadura no, no le quedó; mas por esto no se desmayó ni perdió el su gran corazon; antes, como vió que el Gigante punaba por sacar la hacha del escudo é no podía, fué cuanto mas pudo é trabó della, é fué tal su buena dicha, que así lo guió en estar él á la parte donde el estribo faltaba, é tirando el uno y el otro, trastornóse el Gigante, é su caballo salió recio; así que, dió con él en tierra, é la hacha quedó en las manos de Beltenebros. El Gigante se levantó con gran afán, é sacó una espada que traía muy grande, é queriendo ir contra Beltenebros, no pudo, por los nervios que de la pierna cortados tenía, é fincó la una rodilla en el suelo, y Beltenebros le dió con la hacha por encima del yelmo un tan grande golpe, que por fuerza se le quebraron todos los lazos, é flogelo saltar de la cabeza; é Basagante, que tan cerca lo vió, pensó cortar la cabeza, mas firióle en lo alto del yelmo; así que, le cortó toda la corona á cercen é los cabellos á vueltas, sin le llegar á la carne, é Beltenebros se tiró afuera, y el yelmo, que no tenía en qué se sufrir, cayósele sobre los hombros, é la espada de Basagante dió en tierra en unas piedras é fué quebrada por medio. Los que miraban cuidaron que la media cabeza le cortara, é hicieron muy gran duelo, especialmente Leonoreta con sus niñas é doncellas, que de rodillas en la carreta estaban, alzadas las manos al cielo, rogando á Dios que de aquel peligro las librara, mesaron sus cabellos é dieron muy grandes gritos é voces, llamando á la virgen María; mas Beltenebros, quitándose el yelmo y tentándose con la mano la cabeza, por ver si era de muerte herido, é no sintiendo nada, fué con la hacha contra el Gigante, é aunque él era muy fuerte, cuando así le vió venir enflaquecióle el corazon, que no se pudo guardar, é dióle un tan gran golpe por encima de la cabeza, que la una oreja con la quejada le derribó en tierra. El Gigante le dió con la media espada é cortóle un poco en la pierna,

(1) En la página 133 se le llama hermano.

é cayó á la otra parte, revolviéndose por el campo con la cuita de la muerte. A esta sazón Famongomadan se había quitado el yelmo de la cabeza, é ponía las manos en las heridas por detener la sangre; é cuando vió su hijo muerto comenzó á blasfemar de Dios y de santa María, su madre, diciendo que no le pesaba de morir sino porque no había destruido sus iglesias é monesterios, porque consentían que él é su hijo fuesen vencidos é muertos por un solo caballero, que no lo esperaban ser por ciento.

Beltenebros fincó los hinojos en tierra, dando gracias á Dios por la merced grande que le hizo, é dijo á Famongomadan: «Desesperado de Dios y de la su bendita Madre, agora padecerás las grandes cruces tuyas.» E hizole quitar las manos de la herida é dijo: «Ruega al tu ídolo que por cuanta sangre inocente le ofreciste que te guarde no salga esa que la vida te quita.» El Gigante no hacía sino maldecir á Dios é á sus santos, y Beltenebros sacó el venablo del caballo y metiósele por la boca; así que, bien un palmo le pasó de la otra parte que entró por el suelo; é tomó el yelmo de Basagante é puso en su cabeza, porque le no conociesen; é cabalgando en el caballo de Famongomadan, que Enil le diera, se fué á la carreta; é los caballeros é doncellas é niñas se le homillaron, gradeciéndole mucho el socorro que les había hecho; mas él los hizo sacar de las cadenas, é rogóles que cabalgasen en sus caballos, que allí trabados venían, y que llevasen en la carreta aquellos dos gigantes, é á Leonoreta é sus doncellas en los palafrenes que los sus escuderos, que también presos venían, traían; é los diesen al rey Lisuarte de parte de un caballero extraño, que se llamaba Beltenebros, que servir le deseaba, y le contasen la razón por qué los matara; é rogóles que de su parte le diesen el caballo de Basagante, que muy grande y hermoso era, en que entrase en la batalla que con el rey Cildadan aplazada tenía. Los caballeros con mucho placer hicieron su mandado, é pusieron en la carreta los gigantes, que, como quiera que ella grande fuese, llevaban de las rodillas abajo colgadas las piernas, tan grandes eran; é Leonoreta é las niñas é doncellas hicieron de las flores de la floresta guirnaldas, y en sus cabezas puestas, con mucha alegría riendo é cantando, se fueron á Londres, donde todos fueron maravillados cuando de tal guisa los vieron entrar por la villa, y de ver tan desemejada cosa como los gigantes eran. Cuando el Rey supo el grande peligro de su hija, é cómo Beltenebros la librara con tan gran afrenta y peligro, é habiendo ya llegado allí don Cuadrante, presentándose como quien era vencido ante él de parte de Beltenebros, mucho fué maravillado quién sería aquel caballero que nuevamente con extrañas cosas en armas sobre todos los otros en su tierra había aportado; y estóvolo loando una gran pieza, preguntando á todos si alguno lo conociese; mas no hobo quién dél supiese decir otras nuevas, sino cómo Corisanda, amiga de don Florestan, había dicho que en la Peña Pobre hallara un caballero doliente que Beltenebros se llamaba. «Agora plugiéase á Dios, dijo el Rey, que tal hombre fuese entre nos; que no lo dejaria por cosa que él me demandase é yo cumplir pudiese.»

CAPITULO XIII.

De cómo Beltenebros, acabadas las dichas aventuras, se fué para la fuente de los Tres Caños, de donde concertó la ida para Miraflores, donde su señora Oriana estaba; y de cómo un caballero extraño trajo unas joyas de prueba de leales amadores á la corte del Rey; é Amadís concertó con su señora Oriana que ambos fuesen desconocidos á las probar.

Beltenebros, con mucho placer de su ánimo por haber acabado una tal afrenta, y despedido de las doncellas é caballeros, se tornó á las otras doncellas que á la fuente fallara, que ya, salidas de entre los árboles, para él se venían, é mandó á Enil que á Londres se fuese á ver á Gandalin, su primo, y le hiciese hacer otras tales armas como en aquellas batallas trajera; que todas eran rotas, sin que alguna defensa en ellas hobiese; y le comprase una buena espada, y en cabo de ocho dias se viniese á él á aquella fuente de los Tres Caños; que allí lo hallaría. Él se despidió dellas y dél, y metióse por lo mas espeso de la floresta; y Enil se fué á cumplir su mandado, é las doncellas á Miraflores, donde, contando á Oriana é á Mabilia lo que habían visto, é diciéndoles cómo un caballero, que Beltenebros se llamaba, lo había todo reparado, su placer é alegría fué sin comparación, sabiendo ya cómo Beltenebros era tan cerca dellas, con tanta honra y prez de su persona cual otro ninguno alcanzar podía. Beltenebros, metido por la floresta, como ois, fuése acostando á la parte de Miraflores, é halló una ribera que debajo de las grandes arboledas corria; é porque aun era temprano apeóse del caballo y dejólo pascor la verde yerba; é quitándose el yelmo, se lavó el rostro é las manos, é bebió del agua, é sentóse pensando en las movibles cosas del mundo, trayendo á su memoria la gran desesperación en que fuera, é cómo de su propia voluntad la muerte muchas veces había demandado, no esperando ningun remedio á su gran cuita é dolor; y que Dios, mas por la misericordia que por sus merecimientos lo había así todo remediado, no solamente en le dejar como ante estaba, mas con mucha mas gloria é fama que nunca lo fué; é sobre todo, ser tan cerca de ver y gozar aquella su muy amada señora Oriana, por quien su corazon ausente se hallando, en gran tristura é tribulación era puesto; lo cual le trajo á conocer cuán poca fiducia los hombres en este mundo debrian tener en aquellas cosas tras que mueren y trabajan, poniendo en ellas tanta afición, tanto amor, no teniendo en sus memorias cuán presto se ganan y se pierden, olvidando el servicio de aquel señor todo poderoso que las da é firmes las puede hacer; é cuando mas, á su pensar, seguras las tienen, entonces les son con grande angustia de sus ánimos quitadas, é algunas veces las vidas, no se partiendo las ánimas dellas, mas con mucha seguridad de su salvación; é muchas veces siendo así perdidas sin esperanza ninguna de ser recobradas, aquel Señor del mundo las torna, como con él lo había hecho, dando á entender que ni en las unas ni en las otras ninguno fiar se debe, sino que haciendo lo que son obligados, las dejen á aquel que sin ninguna contradición las manda y señorea, como aquel que sin su mano ninguna cosa hacer se puede.

¡Oh, los que con tantas maneras mañosas adquirís haciendas, cuánto é con cuánta diligencia mirar debriades que las haciendas ganadas, perdidas para siempre las ánimas, cuán poco las tales haciendas prestan para poderos conservar de la perpétua pena que la justicia de aquel eterno Dios aparejada á los tales tiene! En estas y otras cosas estaba trastornando y revolviendo en su memoria, muy elevado. Así estovo Beltenebros pensando cabe aquella ribera, contemplando en su voluntad la gloria é soberbia que de aquellas aventuras tan grandes, que en solo un dia acabara, le ocurrían, considerando que en otro tan pequeño espacio de tiempo la fortuna le podría aquella grande alegría tornar en lloro, así como á otros muchos que en este mundo grandes y buenas venturas alcanzaron lo había hecho; y venida la noche, cabalgó en su caballo, é fué al castillo de Miraflores, á aquella parte de la huerta donde halló á Gandalin é á Durin, que le tomaron el caballo. E Oriana é Mabilia é la doncella de Denamarca estaban encima de la pared, é con ayuda de los escuderos y ellas dándole las manos, subió suso adonde estaban, é tomó á su señora entre sus brazos. Mas ¿quién sería aquel que baste á contar los amorosos abrazos é los dulces besos, las lágrimas que boca con boca allí en uno fueron mezcladas? Por cierto no otro sino aquel que, siendo sojuzgado de aquella mesma pasión y en las semejantes llamas encendido, el corazon atormentado de aquellas amorosas llagas pudiese dél sacar; aquellas que los ya resfriados, perdida la verdura de la juventud, alcanzar no pueden. Así que, á este tal remitiéndome, se dejará de lo contar por mas extenso. Pues estando abrazados, sin memoria tener de sí ni de otra cosa, Mabilia, como si de algun pesado sueño los despertase, tomándolos consigo, los llevó al castillo. Allí fué Beltenebros aposentado en la cámara de Oriana, donde, segun las cosas pasadas que ya habeis oído, se puede creer que muy mas agradable le sería que el mesmo paraíso. Allí estovo con su señora ocho dias, los cuales, si las noches no, todos los tenían en un patio donde los hermosos árboles que os contamos estaban, fuera de sus memorias con el sabroso placer, é todas las cosas que en el mundo decirse y hacerse pudiesen. Allí venía muchas veces Gandalin, de quien todas las nuevas de la corte sabían, el cual tenía en su posada á Enil, su primo, haciendo hacer las armas que Beltenebros le mandara.

El rey Lisuarte mucho dudaba la batalla que con el rey Cildadan había de haber, sabiendo la brava y esquivada gente de gigantes é otros caballeros de su sangre que á ella de traer había, é procuraba mucho de aparejar cómo á su honra la pasase; y tenía allí en Londres consigo á don Florestan, é Agrájes é Galvanes Sin-Tierra, que entonces llegaran, é otros muchos caballeros de gran cuenta; mucho fablaban todos en los grandes hechos de Beltenebros, é muchos decían que en gran parte pasaban á los de Amadís; y desto pesaba tanto á don Galaor é Florestan, su hermano, que si no fuera por la palabra que al Rey dado tenían de no se poner en ninguna afrenta fasta que la batalla pasase, ya le hobieran buscado é combatido con él con tanta ira é saña, que de muerte dél ó dellos no se podían

excusar; é por dicho se tenían que si de la batalla vivos saliesen, de no se entremeter en otro pleito sino en lo buscar; mas esto no lo fablaban sino entre sí. Pues estando el Rey un día en su palacio hablando con sus caballeros, entró por la puerta un escudero viejo, é con él otros dos escuderos, vestidos todos tres de un paño, y venia tresquilado, é las orejas parecían grandes é los cabellos blancos; é se fué al Rey, é fíncando los hinojos ante él, le saludó en lenguaje griego, donde era natural, é díjole: «Señor, la gran fama que por el mundo corre de los caballeros é dueñas é doncellas de vuestra corte me dió causa desta venida, por ver si entre ellos y ellas hallaré lo que há sesenta años que busco por todas partes del mundo, sin que de mi gran trabajo ningun fruto alcanzase; é si tú, noble Rey, tienes por bien que aquí una prueba se haga, que no será de tu daño ni mengua, decírtela he.» Los caballeros, con sabor de ver qué sería, rogaron muy ahincadamente al Rey que gelo otorgase, y él, que así como ellos gana lo había, tóvoelo por bien. Entonces el escudero viejo tomó en sus manos una arqueta de jaspe tan larga como tres codos é un palmo en anchura, é las tablas había pegadas con chapas de oro, é abriéndola, sacó della una espada la mas extraña que nunca se vió, que la vaina della era de dos tablas verdes como color de esmeralda, y eran de hueso tan claras que la hoja de la espada se parecía dentro; mas no tal como de las otras, que la media se mostraba tan clara é limpia que mas no lo podía ser, é la otra meitad tan ardiente y bermeja como un fuego; el guarnimento della é la cinta en que andaba todo era del mesmo hueso de la vaina, hecha en muchos pedazos, juntados con tornillos de oro, de guisa que muy bien, como otra cinta, se podia ceñir. El escudero la echó á su cuello, é sacó de la arqueta un tocado de unas muy hermosas flores, la meitad tan hermosas y verdes y de tan viva color como si entonces del nacimiento dellas se cortaran, é la otra media de flores tan secas, que no parecía sino que llegando á ellas se habían de desfacer.

El Rey le preguntó que por qué razon, saliendo aquellas flores de un ramo, eran tan diversas, las unas tan frescas é las otras tan secas, é la espada tan extraña como parecía. «Rey», dijo el escudero, esta espada no la puede sacar de la vaina sino el caballero que mas que ninguno en el mundo á su amiga amare, é cuando en la mano deste tal fuere, la meitad que agora arde será tornada tan limpia é clara como la otra media que parece, é así la hoja parecerá de una manera; y este tocado destas flores que veis, si acaeciese ser puesto en la cabeza de la dueña ó doncella que á su marido ó amigo en aquel grado que el caballero amare, luego las flores secas serán tan verdes y hermosas como las otras, sin que ninguna diferencia haya; é sabed que yo no puedo ser caballero sino de la mano de aquel leal amador que la espada sacare, ni tomar espada sino de la que el tocado de las flores ganar podiere; é por esto, buen Rey, soy á vuestra corte venido en cabo de sesenta años que en esta demanda he andado; pensando que, así como en todos ellos nunca corte de emperador ni rey en honra y fama á la vuestra igualarse pudo, que así en ella se fallará aquello que hasta

hoy en ellas, como quiera que todas las he visitado, no se ha podido fallar. — Agora me decid, dijo el Rey, cómo este fuego tan vivo de esta media espada no quema la vaina. — Eso vos diré, dijo el escudero de grado; sabed, Rey, que entre Tartaria é India hay un mar tan caliente, que hierva así como el agua sobre el fuego, y es todo verde, y dentro de aquel mar se crian unas serpientes mayores que cocodrillos, é tienen alas con que vuelan, é son tan emponzoñadas, que las gentes fuyen dellas con temor; pero algunas veces que muertas las hallan, precíanlas mucho, que son muy provechosas para melecinas; y estas serpientes tienen un hueso desde la cabeza fasta la cola, y es tan grueso, que sobre él es formado todo el cuerpo así tan verde como aquí lo védes en la vaina é su guarnimento; é porque fué criado en aquella mar herviente, ningun otro huego lo puede quemar; agora vos digo del tocado de las flores, que son de árboles que hay en tierra de Tartaria en una insola metida quince millas en la mar, é no son mas de dos árboles, ni se sabe que en ninguna parte haya mas; é hácese allí en aquella mar un remolino tan bravo é tan peligroso, que dudan los hombres de pasar á tomarlas; mas algunos que se aventuran é las traen, vénenlas como quieren, porque si guardadas son, nunca esta verdura é viveza dellas parece; é pues que la razon de lo uno é otro vos he contado, quiero que sepáis por qué ando así é quién soy. Sabed que yo soy sobrino del mejor hombre que en su tiempo hobo, que se llamó Apolidon, é moró gran temporada en esta vuestra tierra en la insola Firme, donde dejó muchos encantamientos é maravillosas cosas, como á todo el mundo es notorio; é mi padre fué el rey Ganor, su hermano, á quien él dejó el reino, é de aquel Ganor y de una fija del rey de Canonía fui yo engendrado; é siendo ya en edad de ser caballero, como de mi madre muy amado fuese, demandóme que le otorgase en don que, pues yo había sido hecho en gran amor que entre ella é mi padre fuera, que no fuese caballero sino de mano del mas leal amador que en el mundo fuese, ni tomase la espada sino de la dueña ó doncella que en aquel grado amase; yo gelo otorgué, pensando que no tardaría mas de lo cumplir de cuanto en la presencia de Apolidon, mi tío, y de Grimanesa, su amiga, fuese; mas de otra guisa me avino, que cuando ante él fui, fallé á Grimanesa muerta; é sabida por Apolidon la causa de mi venida, hobo gran mancilla de mí, porque la costumbre de aquella tierra es tal, que no siendo caballero no puedo reinar en aquel señorío que de derecho me viene. Así que, no me pudiendo dar remedio por el presente, mandóme que dentro en un año volviese á él, en cabo del cual me dió esta espada é tocado, diciendo que la simpleza que había hecho en prometer tal don la remediase con el trabajo en buscar el caballero y la mujer; que acabando estas dos aventuras, acabase yo mi promesa; así que, buen Rey, esta es la causa de mi demanda. — Parezca la vuestra nobleza que á ninguno faltó, probando vos el espada é todos vuestros caballeros, é la Reina con sus dueñas é doncellas el tocado de las flores; é si tales se hallaren que lo acabar puedan, las joyas serán suyas, y el provecho y descanso mio; llevando vos la

honra mas que ningun otro príncipe, en se hallar en vuestra corte lo que en la suya fallestes.»

Cuando el escudero viejo hobo su razon acabado, todos los caballeros que con el Rey eran le rogaron muy afincadamente que mandase hacer la prueba; mas él, que asimesmo lo queria, otorgólo é dijo al escudero que por cuanto hasta el día de Santiago no había mas de cinco días, é aquel día habían de ser con él muchos caballeros por quien había enviado, que hasta entonces atendiese, porque siendo mas número de gente, mas abina se podría fallar lo que buscaba. El lo tovo por bien. Gandalin, que á la sazón en la corte era, é oyó todo esto que el escudero dijo, é lo que el Rey respondió, cabalgando en su caballo, se fué á Mirallores, é con achaque de ver á Mabilia, entró en el patin de los hermosos árboles, donde jugando al ajedrez halló á Beltenebros con Oriana, é díjoles: «Buenos señores, extrañas nuevas vos traigo, que llegaron hoy á la corte.» Entonces les contó todo lo de la espada é tocado de las flores, é la razon por qué el escudero viejo lo traía, é cómo el Rey le había otorgado que se haría la prueba dello, así como suso se vos ha dicho. Oído esto por Beltenebros, abajó la cabeza, é fué puesto en un pensar, de tal guisa, que en al no miraba; que al parecer de Oriana é Mabilia é Gandalin, todas las cosas del mundo le faltaban. E así estovo por una pieza tanto, que Mabilia é Gandalin se salieron fuera. E como él acordó, preguntóle Oriana qué causara aquel su tan gran pensamiento; él le dijo: «Mi señora, si por Dios é por vos en efeto se podiese poner mi pensar, fariadesme muy alegre por todos tiempos. — Mi buen amigo, dijo ella, quien vos ha fecho señor de la persona, todo lo al será liviano de cumplir.» El la tomó por las manos y besógelas muchas veces, é dijo: «Señora, lo que yo pensaba es, que ganando vos é yo aquellas dos joyas, nuestros corazones quedarían para siempre en gran folganza, siendo dellos apartadas todas las dudas de que tan atormentados han sido. — ¿Cómo se podría eso hacer, dijo Oriana, sin que á mí fuese gran vergüenza é mayor el peligro, é á estas doncellas que nuestros amores saben? — Muy bien se hará, dijo Beltenebros; que yo vos llevaré tan encobierta é con tanta seguridad del Rey vuestro padre, para que conocidos no seamos, como si fuésemos delante la mas extraña gente que de nos ningun conocimiento no toviese. — Pues si eso es así, dijo ella, cúmplase vuestra voluntad, é Dios mande que sea por bien; que yo no dudo de traer el tocado de las flores, si por demasiado amor ganar se puede.» Beltenebros le dijo: «Yo ganaré seguro de vuestro padre que no me será demandada cosa contra mi voluntad, é iré armado de todas armas, é vos, Señora, llevaréis una capa brochada, é antifaces delante del rostro, de guisa que á todos ver podáis, é ninguno no á vos, y desta forma iremos é vernémos sin que se pueda saber quién somos. — Mi buen amigo, dijo Oriana, bien me parece lo que decís, é llamemos á Mabilia, que sin su consejo no me atrevería á otorgar tan gran cosa.»

Entonces la llamaron é á la doncella de Denamarca é á Gandalin, que con ellas estaba, é dijéronles aquel concierto; é como quiera que el peligro muy grande

se les representaba, conociendo ser aquella su voluntad, no lo contradijeron; antes Mabilia les dijo: «La Reina, mi madre, me envió con las otras donas que la doncella de Denamarca me trajo, una capa muy fermosa é bien fecha, que nunca se vistió, ni se ha visto en toda esta tierra, é aquella será para que vos, Señora, lleveis.» E luego la trajeron ende, y metieron á Oriana en una cámara, é vistiéndola de la forma que había de ir, con sus luas en las manos é sus antifaces, la trajeron delante Beltenebros, é por mucho que él y ellas la miraron á todas partes, nunca pudieron hallar cosa por donde conocida dellos ni de ninguno otro ser pudiese; é dijo Beltenebros: «Nunca pensé, Señora, que tan alegre fuera de os non ver ni conocer.» E mandó luego á Gandalin que fuese por aquella comarca, é comprando el mas hermoso palafren que haber podiese, lo trajese el día de la prueba allí á la pared de la huerta, tanto que la media noche pasase. E asimesmo mandó á Durin que desdeque noche fuese le esperase con su caballo en aquel lugar por donde en la huerta había entrado, porque esa noche se queria ir á la fuente de los Tres Caños, y enviar á Enil, su escudero, por el seguro al Rey, é tomar las armas que le traía. Finalmente, venida la hora, él salió de la huerta, é cabalgando en su caballo solo, se fué por la floresta, que bien él sabía, como aquel que muchas veces por ella á caza andoviera; é siendo ya el alba del día, fallóse junto con la fuente, é no tardó que vio venir á Enil con las armas muy bien fechas y fermosas, de que hobo gran placer, é preguntóle por nuevas de la corte, y él le dijo cómo el Rey é todos los suyos hablaban mucho en la su gran bondad; é quisole contar lo de la espada y del tocado de las flores; mas Beltenebros le dijo: «Eso bien há tres días que lo sé de una doncella por pleito que la llevase á lo probar muy encobiertamente, é á mí conviene que así lo haga, é con ella vaya yo desconocido, é probaré la espada; é porque, como tú sabes, mi voluntad es de no me dar á conocer al Rey ni á otro alguno fasta que mis obras lo merezcan, volverte has luego, é dirás al Rey que, si me da seguridad á mí é á una doncella que llevaré, que no nos será hecho ni dicho contra nuestra voluntad ninguna cosa, que iremos á la prueba desta aventura; é dirás ante la Reina é sus dueñas é doncellas de la manera que la doncella me face hí venir contra toda mi voluntad; mas que no puedo al hacer, que gelo prometí; y el día que la prueba se hobiere de hacer, vénte á este lugar á la luz del alba, porque la doncella sepa si traes la seguridad ó no; y en tanto tornarme he á ella para la traer, que léjos de aquí mora.» Enil le dijo que así lo faría, é dándole las armas, se fué á cumplir su mandado. Beltenebros se fué á la ribera que ya oistes, é allí estovo fasta la noche, é luego partió para Mirallores; é cuando llegó falló á Durin, que le tomó el caballo, y él se fué á la entrada de la huerta donde vió estar á su señora Oriana é á las otras, que muy bien lo rescibieron, é dándoles sus armas, subió su-o. Mabilia le dijo: «¿Qué es esto, señor primo? ¿mas rico venis que de aquí partistes? — No lo entendéis? dijo Oriana; sabed que fué á buscar armas con que desta prision pueda salir. — Verdad es, dijo Mabilia; menes-

ter es que hayáis consejo, pues que os habeis de combatir con él.» Así se fueron al castillo con mucho placer, donde de comer le dieron; que en todo el día no comiera, por no ser descubierto.

CAPITULO XIV.

De cómo Beltenebros é Oriana enviaron la doncella de Denamarca para saber la respuesta de la corte, que del seguro habian enviado á demandar al Rey, é de cómo fueron á la prueba.

A la doncella de Denamarca mandaron otro día que se fuese á Londres é sopiese qué respuesta daba el Rey á Enil, y que dijese á la Reina é á todas las dueñas é doncellas que Oriana se había sentido mal é que no se levantaba. La doncella fué luego á recaudar su mandado, é no tornó fasta bien tarde, é su tardanza fué porque el Rey salió á recibir á la reina Briolanja, que allí era venida, é que traía cien caballeros para que buscasen á Amadis, como sus hermanos los partiesen. E traía veinte doncellas vestidas de paños negros como ella los trae, é que no los dejará fasta que sepa nuevas dél; que en otros tales la falló cuando reinar la fizo, é que allí quiere estar con la Reina hasta que sus caballeros tornen ó que sepan nuevas de Amadis. Entonces Oriana le dijo: «¿Parécenos tan hermosa como dicen?—Así Dios me salve, dijo ella, dejando á vos, Señora, es la mas hermosa é apuesta mujer de cuantas yo he visto, é mucho le pesó cuando de vuestro mal supo; é por mí vos manda hacer saber que vos verá cuando por bien lo toviédes.—Mucho me placirá con ella, dijo Oriana, porque es la persona del mundo que yo mas ver deseo.—Honradla, dijo Beltenebros, que bien lo merece, como quiera que vos, Señora, alguna cosa pensastes.—Buen amigo, dijo ella, dejemos eso; que estoy segura de no ser mi pensamiento verdadero.—Pues yo entiendo, dijo él, que lo que al presente tenemos desta prueba, vos hará mas libre dello, é á mí mucho mas sujeto.—Pues si lo pasado, dijo Oriana, fué con sobrado amor que yo vos tengo, aquel tocado de las flores fio en Dios que dará dello testimonio.» Asimismo les dijo la doncella cómo el Rey había otorgado á Enil todo el seguro que le demandó.

En esto y en otras cosas en que habian placer pasaron aquel día é los otros fasta que la prueba se había de hacer. Y esa noche ante se levantaron á la media noche, é vistieron á Oriana la capa que ya oistes, é pusieronle los antifaces ante el rostro; é Beltenebros, armado de aquellas nuevas é recias armas que Enil le trajo, descendiendo por la pared de la huerta, cabalgaron ella en un palafren que Gandalin trajo, y él en su caballo, é solos se fueron por la floresta la via de la fuente de los Tres Caños, no con poco temor é miedo de Mabilia é de la doncella de Denamarca que fuesen conocidos, é aquel gran resplandor de alegría en gran tenebregura no se tornase; mas cuando Oriana así sola se vió con su amigo de noche y en la floresta, hobo tan gran miedo, que el cuerpo le temblaba é no podia hablar, é vinole duda de no acabar aquella ventura, é que su amigo donde asegurado de sus amores estaba, que le podria ocurrir alguna sospecha, é no quisiera por ninguna guisa haberse puesto en aquel camino. Beltenebros, viendo su gran turbacion, le dijo: «Si

Dios me salve, Señora, si pensara que tanto dudáades esta ida, antes quisiera morir que en ella vos haber puesto, é bien será que nos tornemos.» Entonces volvió el caballo y el palafren contra donde venia; mas cuando Oriana vió que por ella se estorbaba una tan señalada cosa como lo aquella era, mudósele el corazon é dijole: «Mi buen amigo, no mireis vos el miedo que yo, como mujer, tengo viéndome en tan extraño lugar para mí, mas á lo que vos, como buen caballero, hacer debeis.—Mi buena señora, dijo él, pues que vuestra discrecion vence á mi locura, perdonadme; que yo no debria ser osado de decir ni facer ninguna cosa, salvo aquello que de vuestra voluntad me fuese mandado.»

Entonces se fueron como ante, é llegaron á la fuente de los Tres Caños antes una hora que el alba viniése; é siendo ya de dia claro, llegó Enil, con que les mucho plogo, é Beltenebros dijo: «Señora doncella, este es el escudero que vos dije que de mi parte al Rey fuese; sepamos lo que trae.» Enil les dijo cómo todo lo traía á su voluntad despachado del Rey, é que oyendo misa, se comenzaría la prueba. Beltenebros le dió el escudo é la lanza, é no se quitando el yelmo, se fueron por el camino de Londres, é andovieron tanto, que entraron por la puerta de la villa; todos los miraban diciendo: «Este es aquel buen caballero Beltenebros, que aquí envió á don Cuadragante é á los gigantes. Cierito, este es toda la alteza de las armas; por bienaventurada se debe tener aquella doncella que en la su guarda viene.» Oriana, que todo esto oía, hacíase lozana en se ver señora de aquel que con su grande esfuerzo á tantos é tales señoreaba. Así llegaron al palacio del Rey, donde él é todos sus caballeros, é la Reina é sus dueñas é doncellas, estaban en una sala juntos para la prueba; é como sopieron su venida, salió el Rey á lo recibir á la entrada de la sala, é como á él llegaron, hincaron los hinojos por le besar las manos. El Rey no gelas dió é dijo: «Mi buen amigo, mirad que todo lo que vuestra voluntad fuere faré yo de grado, como por aquel que en tan poco tiempo me sirvió mejor que nunca caballero á rey hizo.» Beltenebros gelo agradeció con mucha humildad, é no quiso hablar, é se fué con su doncella donde la Reina vió estar. A Oriana le tremian las carnes del miedo que hobo en se ver delante su padre é madre, temiendo ser conocida; mas su amigo nunca de la mano la dejó, é hincaron los hinojos ante ella, é la Reina los alzó por las manos é dijo: «Doncella, yo no sé quién sois; que nunca vos vi; mas por los grandes servicios que ese caballero que vos trae nos ha fecho, é por lo que vos valeis, á él é á vos haré toda honra é merced, como se le debe.» Beltenebros gelo tovo en merced, mas Oriana no le respondió ninguna cosa, é tenia la cabeza baja en lugar de humildad. El Rey se puso con todos los caballeros á una parte de la sala, é la Reina á la otra con las dueñas é doncellas. Beltenebros dijo al Rey que queria estar con su doncella aparte para ser los postreros en aquella aventura probar; el Rey lo otorgó.

Entonces se fué el Rey, é tomó la espada, que encima de una mesa estaba, é sacó una mano della, é no mas. Macandon, que así había nombre el escudero que

la traía, le dijo: «Rey, si en vuestra corte no hay otro mas enamorado que vos, no iré yo de aquí con lo que deseo.» E tornó á meter el espada, que así le convenia hacer cada vez; é luego la probó Galaor, é no sacó mas de tres dedos; é tras él la probaron Florestan, é Galvanes, é Grumedan, é Bramdoibas, é Ladasin; é ninguno dellos no sacó tanto como don Florestan, que sacara un palmo; é luego la probó don Guilan el cuidador, é sacó la media; é Macandon le dijo: «Si dos tanto amáredes, ganáredes la espada, é yo lo que tanto tiempo he buscado.» E despues dél la probaron mas de cien caballeros de muy grande cuenta, é ninguno dellos no sacaron la espada; é tales hobo que ni poco ni mucho sacaron, é aquestos decia Macandon que eran herejes de amor. Entonces llegó Agrájes á la probar, é antes que la tomase miró contra donde su señora Olinda estaba, é pensó que la espada, segun el leal é verdadero amor le tenia, seria suya, é sacó tanto della, que solamente una mano quedó, é punó de tirar tanto, que lo ardiente de la espada llegó á la ropa é quemóle parte della; é siendo mas alegre por haber mas que ninguno della sacado, la dejó é se tornó donde estaba; pero ante le dijo Macandon: «Señor caballero, de cerca vos tornastes de quedar vos alegre é yo satisfecho.» E luego la probaron Palomir é Dragonis, que un dia antes habian á la corte llegado; é sacaron de la espada tanto como don Galaor, é dijoles Macandon: «Caballeros si partides de la espada lo que sacastes, poco vos quedaria con que vos defender.—Verdad decis, dijo Dragonis; mas si vos por el cabo desta prueba vos armáis caballero, no seréis tan niño que se vos no acuerde.» Todos se rieron de lo que Dragonis dijo; mas ya ninguno quedando en toda la corte de esta aventura probar, levantóse Beltenebros é tomó á su señora por la mano, é fuese donde la espada estaba, é dijole Macandon: «Señor caballero extraño, mejor vos pareciera esta espada que la que traeis; mas bien seria que en fiucia della no dejéis esa otra, porque esta mas por lealtad de corazon que por fuerza de armas ha de ser conquistada.» Mas él tomó la espada, é sacándola toda de la vaina, luego lo ardiente fué tan claro como la otra media; así que toda parecia una. Cuando esto vió Macandon fincó los hinojos ante él, é dijo: «¿Oh buen caballero! Dios te honre, pues que así esta corte has honrado; con mucha razon amado é querido debes ser de aquella que tú amas, si ella no es la mas falsa é la mas desmesurada mujer del mundo; demándote honra de caballería, pues que si de tu mano no, de otro alguno haber no la puedo; é daríe has tierra é señorío sobre muchos hombres buenos.—Buen amigo, dijo Beltenebros, hágase la prueba del tocado, é yo haré con vos lo que con derecho debiere.»

Entonces santiguó la espada, é dejando la suya á quien la quisiese, la echó á su cuello, é tomando á su señora por la mano, se tornó donde ante estaba; mas el loor suyo fué tan grande por todos é todas las que en el palacio estaban, de armas é de amores, que á gran sãna fueron movidos don Galaor é Florestan; teniendo por gran deshonra que si á su hermano Amadis no, que á otro ninguno en el mundo posiesen delante dellos, é luego pensaron que la primera cosa que despues de la

batalla del rey Lisuarte é del rey Cildadan, si vivos quedasen, seria combatirse con él, é morir ó dar á todos á conocer la diferencia que dél á su hermano Amadis había. Acabada la prueba de la espada por Beltenebros, como habeis oido, el Rey mandó que la Reina é todas las otras que en el palacio estaban probasen el tocado de las flores sin temor que dello hobiesen; que si dueña la ganase, mas amada é querida de su marido seria, é si doncella, que seria gloria para ella ser la mas leal de todas. Entonces fué la Reina é púsola en su cabeza, mas las flores no hicieron otra mudanza de lo que antes tenian; é dijole Macandon: «Reina, señora, si el Rey vuestro marido no ganó mucho en la espada, bien parece que por aquella guisa gelo pagastes.» Ella se tornó con gran vergüenza, sin nada decir, é llegó luego aquella muy hermosa Briolanja, reina de Sobradisa, mas tanto ganó como la Reina. Macandon la dijo: «Señora doncella muy hermosa, mas debeis ser amada que vos amais, segun lo que aquí mostrastes.» Y luego llegaron cuatro infantas, hijas de reyes, Elvida y Estrelleta, su hermana, que muy lozana é hermosa era, é Aldeva é Olinda la mesurada, en la cabeza de la cual las flores secas comenzaron ya quanto á reverdecen; así que, todos cuidaron que esta la ganaria; mas, por gran pieza que la tovó, no ficieron otra mudanza; antes en gela quitando, se tornaron tan secas como de antes; é despues de Olinda la probaron mas de ciento, entre dueñas é doncellas, pero ninguna llegó á lo que Olinda, é á todas decia Macandon cosas de burla é de placer; é Oriana, que todo esto viera, hobo muy gran miedo que la Reina Briolanja la ganara, é cuando vió que había faltado hobo muy gran placer, porque su amigo no pensase que los amores que aquella le había fueran causá de lo que, segun le pareció en extremo hermosa mas que ninguna de cuantas en su vida visto había, no pensaba de le perder, si por ella no; é como vió que ya ninguna por probar quedaba, hizo señal á Beltenebros que la llevase, é como llegó pusiéronle el tocado en la cabeza, é luego las flores secas se tornaron tan verdes é tan hermosas, de manera que no se podia conocer cuáles fueron las unas ni las otras. E dijo Macandon: «¿Oh buena doncella! vos sois aquella que yo demandé antes cuarenta años que naciédeses.» Entonces dijo á Beltenebros que le hiciese caballero, é rogase á aquella doncella que le diese la espada de su mano. «Seldo luego, dijo él, porque yo no puedo detenerme.» Macandon se vistió unos paños blancos que consigo traía, é unas armas blancas, como caballero novel, é Beltenebros le hizo caballero como era costumbre, é le puso la espuela diestra, é Oriana le dió una espada asaz rica que él traía. Como así le vieron las dueñas é doncellas comenzaron á reir, é Aldeva dijo, que todos lo oyeron: «¿Ay Dios! que extremado doncel é qué extremada postura de todos los noveles; mucho nos debe placer, que será novel toda su vida.—¿Por dónde lo sabédes vos? dijo Estrelleta.—Por aquellos paños, dijo ella, que viste, que no pueden durar menos tiempo que él.—Dios lo faga así, dijeron ellas, é lo mantenga en tal hermosura como agora está.— Buenas señoras, dijo él, yo no daría mi placer por la mesura de vosotras; que mejor estoy yo de mesura é